

GUSTAVO FLAUBERT

SALAMMBÓ

TRADUCCION

DE

AUGUSTO RIERA



OBRAS DE GUSTAVO FLAUBERT

de venta en esta Casa Editorial

LA SEÑORA BOVARY. 2 tomos

SALAMBÓ. 1 »

BARCELONA

CASA EDITORIAL MAUCCI.—MALLORCA, 226 y 228

Buenos Ayres

México

Habana

MAUCCI HERMANOS

MAUCCI HERMANOS

J. LÓPEZ RODRÍGUEZ

Cuyo, 1070

Primera del Relox, 1

Obispo, 133 y 135

1901

843.8
F 587s

10-17-XI-78

P. 2246

S38



FSRM

5307

IMP. DE LA CASA EDITORIAL MAUCCI.—BARCELONA



SALAMMBÓ

El festín



ERASE en Megara, arrabal de Cartago, en los jardines de Hamílcar.

Los soldados que había capitaneado en Sicilia celebraban un gran festín para conmemorar el aniversario de la batalla de Eryx, y como el jefe estaba ausente, comían y bebían en plena libertad.

Los capitanes, que calzaban coturnos de bronce, estaban colocados en la avenida central, bajo un velo de púrpura, franjeado de oro, que arrancando de la pared de los establos, iba hasta la primera terraza del palacio; los soldados hallábanse bajo los árboles cerca de una serie de construcciones de techum-

bre plana, donde estaban prensas, bodegas, almacenes, panaderías y arsenales, y además un patio para los elefantes, fosos para los animales feroces y una cárcel para los esclavos.

Las cocinas se levantaban entre un grupo de higueras; un bosque de sicomoros llegaba hasta una gran masa de árboles y arbustos donde resplandecían las granadas, entre las manchas blancas de los algodonereros; las parras cargadas de racimos, subían hasta la copa de los pinos; un vergel de rosas embalsamaba el aire bajo los plátanos; de trecho en trecho, sobre el verde musgo, balanceaban su esbelto tallo los blancos lirios; los senderos estaban tapizados por negra arena mezclada con polvo de coral, y en el centro del jardín los cipreses de un extremo á otro formaban una doble columnata de verdes obeliscos.

El palacio construido de mármol numídico, veteadado de amarillo, ostentaba sus cuatro pisos de desigual anchura. Con su gran escalinata recta de madera de ébano, que tenía en los ángulos de cada peldaño la proa de una galera vencida, con sus puertas encarnadas, blasonadas de una cruz negra, con sus verjas de cobre que al ras del suelo evitaban el paso de los escorpiones, y sus rejas de barras doradas que en lo alto cerraban sus aberturas, aparecía á los ojos de los soldados, en su feroz opulencia, tan solemne é impenetrable como el rostro de Hamílcar.

El Consejo les había designado su casa para celebrar aquel festín; los convalecientes que yacían en el templo de Eschmún, caminando penosamente desde el amanecer, llegaron hasta el palacio, arrastrándose sobre sus muletas. A cada instante llegaban nuevos comensales. Por todos los senderos salían hombres y hombres, como arroyos que se precipitan en un lago.

Por entre los árboles, velase correr á los esclavos de las cocinas, atareados y medio desnudos. Las gacelas huían balando; el sol tocaba á su ocaso y el perfume de los li-

moneros hacia aún más penetrante el vaho de aquella multitud sudorosa.

Había allí hombres de todas las naciones: ligurios, lusitanos, baleares, negros y fugitivos de Roma. Mezclábanse al pesado dialecto dórico las sílabas célticas que restallaban como las fustas de los carros de batalla y las terminaciones jónicas, y las consonantes del desierto ásperas como los gritos del chacal. Reconocíase al griego por su esbelto talle, al egipcio por sus anchos hombros, al cántabro por sus gruesas pantorrillas. Los carios balanceaban orgullosamente las plumas de su casco, los arqueros de Capadocia llevaban pintadas grandes flores sobre la piel, y algunos lidios, con trajes de mujer, comían tranquilamente luciendo grandes aretes en las orejas. Otros, que por gala se habían pintado con bermellón, parecían estatuas de coral.

Unos, tendidos sobre cojines, comían alrededor de grandes fuentes, y otros, de bruces, cogían los trozos de carne y se alzaban incorporados sobre los codos en la actitud pacífica de los leones cuando devoran su presa. Los que llegaron tarde, de pie junto á los árboles, miraban las mesas bajas, que casi desaparecían bajo los tapices de escarlata, y esperaban que llegara su turno.

No siendo suficientes las cocinas de Hamílcar, el Consejo había enviado esclavos, vajillas y lechos; y se veían entre los árboles del jardín, como en un campo de batalla cuando se quema á los muertos, grandes hogueras resplandecientes donde se asaban bueyes. Los panes espolvoreados de anís alternaban con grandes quesos, más pesados que discos, y las cráteras llenas de vino estaban junto á las cántaras llenas de agua, alrededor de cestas de oro afligranadas que rebosaban de flores. La alegría de poder hartarse á su gusto, hacia chispear todos los ojos, y aquí y allí empezaban á resonar canciones.

Primeramente se les sirvió aves en salsa, verde en fuentes de arcilla roja con dibujos negros, luego toda suerte

de mariscos, que se recogen en las costas púnicas, purés de guisantes, de habas y de centeno, y caracoles aderezados con comino en fuentes de ámbar amarillo.

Después las mesas se cubrieron de carne: antilopes con sus cuernos, pavos con sus plumas, conejos enteros cocidos con vino dulce, piernas de camellos y de búfalos, erizos y cigarras fritas.

En gamellas de madera de Tamrapani flotaban gruesos trozos de grasa en una espesa salsa de azafrán. Todo estaba recargado de salmuera, de trufas y de asafétida. Pirámides de frutas se derrumbaban á veces sobre las fuentes de miel, y no se habían olvidado los cocineros de servir aquellos famosos perritos panzudos de lanas rojas que se cebaban con caldo de aceitunas, que tanto gustaban á los cartagineses y que causaban horror á los demás pueblos.

La novedad de los platos excitaba la avidez de los estómagos. Los galos de larga cabellera se arrancaban de las manos naranjas y limones que comían sin mondar siquiera. Los negros que no habían visto jamás langostas, se arañaban el rostro con las rojas púas. Los afeitados griegos, más blancos que los mármoles de su país, arrojaban al suelo los restos de los manjares, en tanto que los pastores del Brucio, cubiertos con pieles de lobo, devoraban silenciosamente su ración sin levantar la cabeza del plato.

Cerrada la noche, se retiró el velario que cubría la avenida de los cipreses y los esclavos trajeron antorchas.

Las ondulantes llamas del petróleo que ardía en vasos de púrpura asustaron á los monos consagrados á la luna, que se mecían en lo alto de los cedros. Lanzaron gritos que produjeron gran hilaridad entre los soldados.

Llamas oblongas se reflejaron en las corazas de cobre. Centelleaban con mil luces multicolores las fuentes incrustadas de piedras preciosas. Las cráteras que tenían en su borde espejos convexos, ampliaban la imagen de los objetos, y los soldados, apiñándose alrededor de ellas, se

miraban con asombro, y gesticulaban para excitar la risa. Lanzábanse bromeando por encima de las mesas, los escabeles de marfil y las espátulas de oro. Bebían á grandes tragos los vinos griegos encerrados en odres, los de Campania, contenidos en ánforas, y los cántabros que llegan en toneles y los vinos de cinamono y de loto. Estos vinos derramados sin cuidado alguno formaban charcos en el suelo. El vaho de las carnes subía hasta el follaje mezclado con el vapor de los alientos. Se oía á la vez, el crujir de las mandíbulas, el ruido de las canciones, de las copas, el estrépito de los vasos de Campania que se estrellaban en mil pedazos, y el sonido argentino de las grandes fuentes de plata.

A medida que aumentaba su embriaguez, recordaban más vivamente la injusticia de Cartago. En efecto, la República, agotada por la guerra, había dejado acumular en la ciudad todas las bandas de mercenarios que volvían de ella. Giscon, su general, tuvo sin embargo, cuidado de licenciarlos poco á poco para facilitar el pago de sus haberes, y el Consejo creyó que acabarían por consentir en cobrar con alguna rebaja.

De todos modos, el pueblo les odiaba, porque no podía pagarles. La deuda se confundía con los tres mil dociientos talentos euboicos exigidos por Lutacio, y aparecían lo mismo que Roma, como enemigos de Cartago. Los mercenarios lo comprendían, así es que su indignación estallaba en amenazas y en violencias. Un día pidieron reunirse para celebrar una de sus victorias y el partido de la paz consintió para vengarse de Hamilcar que con tanto afán sostenía la guerra. Esta había terminado contra su voluntad, y desesperando de Cartago, el general entregó á Giscon el mando de los mercenarios. Indicar su palacio para albergarlos, equivalía á atraer hacia él algo del odio que los bárbaros despertaban. Además, el gasto debía ser excesivo; Hamilcar lo pagaría casi todo.

Enorgullecidos de haber domado la República los mer-

cenarios, creían que, al cabo, podrían volver á sus hogares con el sueldo que habían ganado á costa de tantas fatigas, pero éstas, vistas á través de los vapores de la embriaguez, les parecían prodigiosas y mal recompensadas. Enseñábase mutuamente sus heridas, relataban sus viajes y las partidas de caza de sus países. Imitaban el grito de los animales feroces y sus saltos. Luego empezaron las inmundas apuestas. Hundían la cabeza en las ánforas y permanecían bebiendo sin respirar como dromedarios sedientos. Un lusitano de gigantesca talla, que llevaba un hombre en cada mano, con los brazos extendidos recorría las mesas echando fuego por las narices. Unos lacedemonios que no se habían quitado las corazas saltaban pesadamente. Varios soldados andaban como las mujeres haciendo contorsiones y ademanes obscenos; otros desnudábanse para luchar á la manera de los gladiadores, y un grupo de griegos, bailaba alrededor de una jarra adornada con figuras de ninfas, mientras un negro marcaba el ritmo con un hueso de buey sobre un escudo de cobre.

De repente oyeron un canto plañidero, suave y potente á la vez, que ondulaba en el aire como el batir de alas de un pájaro herido.

Era la voz de los esclavos del ergástulo. Algunos soldados se levantaron de un salto para libertarles. Al cabo de un instante volvieron, empujando delante de ellos, á unos veinte hombres que contrastaban con los demás á causa de la palidez de sus facciones. Un casquete cónico de fieltro negro tapaba su cabeza afeitada. Todos llevaban sandalias de madera, y producían un ruido de hierros entrecrocados, que aumentaba con la velocidad de la marcha.

Llegaron hasta la avenida de los cipreses, donde se separcieron entre la multitud que les interrogaba. Uno de ellos permaneció un tanto apartado de la multitud y de pie. A través de los desgarrones de su túnica, se advertían los cardenales de sus hombros y espaldas. Con la cabeza baja miraba alrededor con desconfianza y entornados sus

párpados, como no pudiendo resistir el resplandor de las llamas. Pero cuando vió que ninguno de aquellos hombres le atacaba, se escapó un hondo suspiro de su pecho. Balbuceaba y murmuraba bajo las lágrimas claras que bañaban su rostro; después, tomó por las asas una cántara llena, la levantó en el aire con sus brazos encadenados, y mirando al cielo dijo:

—«¡Salud, oh Baal-Eschmún libertador, á quien mis compatriotas llaman Esculapio! ¡A vosotros, Genios de las fuentes, de la luz y de los bosques! ¡A vosotros, dioses ocultos bajo las montañas y en las cavernas de la tierra! y á vosotros, hombres fuertes, de armaduras relucientes, que me habéis libertado!»

Luego, dejó caer la copa y contó su historia. Le llamaban Spendio. Los cartagineses le aprisionaron en la batalla de Egineta. En griego, en ligurio y en púnico dió nuevamente gracias á los mercenarios. Les besaba las manos, les felicitó por el banquete, extrañándose de no ver en las mesas las copas de la Legión sagrada. Aquellas copas, que tenían un pámpano de esmeraldas, en cada una de sus caras de oro, pertenecían á una milicia formada exclusivamente por jóvenes patricios. Era un privilegio, casi un honor sacerdotal; lo cual hacía que ninguno de los tesoros de la República, fuera más envidiado que aquel por los mercenarios. Detestaban la Legión á causa de ello, y algunos habían arriesgado su vida, para gustar el inconcebible placer de beber en ellas.

Ordenaron pues, que se trajesen las copas. Estaban depositadas entre los Sysitas, asociación de comerciantes que comían en común. Los esclavos volvieron diciendo que á tal hora, los Sysitas dormían.

—«Que se les despierte»,—contestaron los mercenarios.

Después de una nueva tentativa, se les dijo que estaban encerradas en un templo.

—«Que se abra»,—contestaron.

Cuando los esclavos, temblando, hubieron confesado que estaban en poder del general Giscon, gritaron:

—«¡Que las traiga!»

Giscon apareció por el fondo del jardín rodeado por una escolta de la Legión sagrada. Su amplio manto negro, retenido sobre la cabeza por una mitra de oro, constelada de piedras preciosas, y que le envolvía hasta los pies de su caballo, se confundía desde lejos con las tinieblas de la noche. Solo se advertían su barba blanca, las fulguraciones de la mitra y su triple collar de anchas placas azules que batían contra su pecho.

Los soldados, al verle entrar, le saludaron con una gran aclamación gritando:

—«¡Las copas! ¡Las copas!»

Empezó por declarar que, por su valor, eran dignos de ellas. La multitud lanzó alaridos de alegría aplaudiendo.

Bien lo sabía él, que les había capitaneado allá abajo, y que había vuelto con la última cohorte en la última galera.

—«¡Es verdad! ¡Es verdad!»—decían.

Sin embargo, Giscon les hizo comprender que la República había respetado sus divisiones por nacionalidades, sus costumbres, sus cultos. ¡Eran libres dentro de Cartago! Por lo que hace á los vasos sagrados, eran de propiedad particular. De repente, cerca de Spendio, un galo se lanzó hacia Giscon corriendo por encima de las mesas, y le amenazó con dos espadas desnudas.

El general, sin interrumpir su discurso, le hirió en la cabeza con su pesado bastón de marfil: el bárbaro cayó. Los galos rugieron y su furor, comunicándose á los demás, iba á estallar de un modo formidable. Giscon se encogió de hombros al ver su furia. Pensaba que su valor sería impotente contra aquellos brutos exasperados. Era mejor vengarse luego de ellos merced á alguna astucia. Dió una orden á sus soldados y se alejó lentamente. Cuando estuvo en el umbral de la puerta, volviéndose hacia

los mercenarios, les dijo que se arrepentirían de su acción.

Prosiguió el festín. Pero Giscon podía volver y, rodeando de tropas el arrabal, que llegaba hasta las murallas, aplastarles sin misericordia. Entonces comprendieron su aislamiento, á pesar de su gran número; y la gran ciudad que dormía junto á ellos, envuelta en sombras, les inspiró terror con su amontonamiento de construcciones, sus altos templos donde moraban arcanos dioses más implacables aun que su pueblo. A lo lejos algunos faroles se deslizaban por la superficie de las aguas del puerto, y brillaban luces en el templo de Khamon. Se acordaron de Hamílcar. ¿Dónde estaba? ¿Por qué les abandonó una vez firmada la paz? Sus diferencias con el Consejo no eran sino una treta para perderles. Su odio no saciado se convertía hacia él; le maldecían y se exasperaban unos contra otros movidos de su propia cólera. En aquellos instantes se formó un gran grupo bajo los plátanos. Era para ver á un negro que se revolcaba por el suelo con los ojos vidriosos, el cuello envarado, la boca cubierta de espuma. Alguien gritó que estaba envenenado. Todos pensaron estarlo. Acometieron á los esclavos; se levantó un clamor formidable y un vértigo de destrucción se apoderó de aquel ejército embriagado. Golpeaban y herían al azar, rompían y destrozaban cuanto estaba á su alcance; algunos lanzaron antorchas entre el ramaje; otros, apoyándose en la balaustrada de los leones les mataron á flechazos; los más osados corrieron hacia el patio de los elefantes, y querían cortarles la trompa y comer marfil.

Los baleares que, para saquear y destruir más cómodamente, habían doblado uno de los ángulos del palacio, se hallaron detenidos por una barrera de bambúes de India. Cortaron con sus puñales las correas de la cerradura y se hallaron en otro jardín cubierto de plantas y arbustos cortados con arte. Anchas líneas de flores blancas describían sobre la tierra azulada largas parábolas, parecidas á